



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Lo que asegura nuestra victoria

Exposición del Mensajero del Eterno

LAS instrucciones divinas son inefables y prueban la mente y el corazón para ver en qué situación estamos. El profeta Isaías dijo: "¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?"

Estas son preguntas muy juiciosas y muy útiles, cuando podemos comprender todo su sentido profundo. En efecto, en el Reino de Dios hay la bendición a profusión en todos los sentidos. Los seres humanos podrán permanecer eternamente en la felicidad del Reino de Dios; pero les será necesario adquirir la mentalidad de ese maravilloso Reino.

Somos seres creados a la imagen de Dios y por eso podemos subsistir solamente en su Reino. Si nuestro espíritu no está en él, es un fuego destructor que nos consume. Esto funciona de una manera totalmente inesperada, insospechada e incluso imperceptible, pero efectiva a pesar de todo.

Ocurre como cuando las termitas carcomen la madera en el interior. La parte exterior es intacta, y traiciona la realidad. Todo parece conforme, sólido, en buen estado, mientras que el interior se está vaciando poco a poco. De repente es la catástrofe. Así es con la equivalencia del mal cuando se ha practicado.

Las instrucciones divinas nos son dadas con benevolencia, para que podamos subsistir en el Reino de Dios. Requiere esfuerzos evidentes para vivir actualmente en el seno de la humanidad, que se mueve en tan profundas tinieblas, y a pesar de todo sentirnos en el Reino de Dios por nuestra espiritualidad.

Necesitamos desarrollar una fe verdadera, viva y efectiva, como lo dijo el apóstol Pablo a los colosenses, a fin de poder ser transportados de las tinieblas al Reino del Hijo de su amor. Es, pues, la espiritualidad que debemos desarrollar, la que es divina naturalmente.

A los seres humanos los alistan en la obra del adversario, que sólo es un engaño infernal. Por eso siempre se quedan decepcionados. Recogen lo que muchos quisieran no haber sembrado, cuando se presenta la cosecha.

Sin embargo, en el momento de sembrar pensaban que no había peligro. Actualmente es el momento en que no sólo los altivos y los malos serán estopa, sino que todas sus organizaciones, todo lo que han elaborado y edificado, todo esto se reducirá a la nada.

En medio de esta ruina, que está para manifestarse, el Señor nos hace una invitación muy amable. Nos invita a refugiarnos bajo la protección de la ciudad de Sion, símbolo del Reino de Dios. En ésta podemos estar a cubierto, sin inquietud, después de haber aceptado las condiciones para entrar. Podemos permanecer

en ella mientras estemos deseosos de observar el reglamento de este bendito Reino, del cual depende al mismo tiempo nuestro organismo y nuestra propia existencia.

El Omnipotente no discute con nosotros ni nos hace reproches. El no nos arresta brutalmente cuando somos recalitrantes. Nos deja la libertad de aprender por nosotros mismos nuestras lecciones, de desarrollar la espiritualidad divina. Esta espiritualidad nos da la posibilidad de reconocer toda la superchería con la cual los seres humanos son engañados por el adversario.

Las cosas del mundo no nos conciernen. Tenemos que establecer el Reino de Dios, y es el Señor quien conduce la barca y la guía de una manera admirable. Cuando mantenemos limpio nuestro corazón, nadie nos puede desalojar del monte de Sion. La pregunta es ésta: "¿Quién morará con el fuego consumidor, y habitará con las llamas eternas?"

El profeta Malaquías decía: "Viene el día ardiente como un horno. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? Porque es como el fuego del fundidor, como la potasa de los bataneros". ¿Cómo poder aguantar y subsistir? Precisamente desarrollando la espiritualidad divina, que podemos adquirir renunciando a nosotros mismos y viviendo fielmente las condiciones del programa divino. Entonces ningún mal puede alcanzarnos.

Vemos, pues, cuán necesario es que nos mostren las cosas tal como son, para que no tomemos una cosa por otra. ¡Cuánta facilidad tenemos ahora con las precisiones de la verdad! Sabemos de que adolecemos, y decimos: "El que no renuncia no puede ser un discípulo, ni un hijo de Dios." Es claro y preciso, y así vemos enseguida la situación exacta.

¡Cuán preferibles son estas palabras de verdad, a adulaciones como éstas: "¡Oh! querido hermano, querida hermana, ¡qué prueba le ha tocado, le compadezco"! Esto equivale a decirle: "¡Cuán duro es el Señor con usted; no le ayuda, se olvida de usted!"

Algunos dirán: "Con todo lo que he hecho, no me ha salido bien". ¡Qué mentira! El Señor es fiel, muy fiel. Tampoco podemos engañar nuestro organismo, que nos contesta: "¿Cómo te atreves a afirmar que has hecho todo, cuando me has privado de muchas cosas divinas que yo necesitaba con urgencia?"

No es el Señor quien nos juzga, sino nuestro propio cuerpo. Si lo maltratamos, forzosamente acaba por sentirse extenuado. Si queremos que nuestro organismo prospere, es preciso abastecerlo tanto de espiritualidad divina como de alimento material.

Nuestra conciencia podría ser muy bella,

muy pura, maravillosamente transparente, y hacernos sumamente felices; pero la podemos manchar si no hacemos lo que es debido, y entonces la tristeza nos invade.

El que viola su conciencia pierde la fe, acaba naufragando en cuanto a la fe. Por eso es de toda importancia hacer lo necesario para permanecer en el Monte de Sion, en el Reino de Dios, ya seamos un consagrado o bien un miembro del Ejército del Eterno.

¿Qué hacer para esto? Nunca señalar los defectos del prójimo, sino mirar nuestros propios yerros personales. No querer corregir al prójimo, sino procurar corregirnos a nosotros mismos, y considerar a los demás como más excelentes aún.

Cuando poseemos algo de espiritualidad divina, tan pronto como alguien habla del Reino de Dios, nuestra atención se pone alerta y nuestro corazón vibra. En cambio, los que forman aún parte del reino de las tinieblas se amodorrán; esta es una demostración práctica que nos revela nuestra situación.

Mas si constatamos que estamos aún en el reino de las tinieblas, no es necesario levantar los brazos al cielo, sino simplemente dar el paso que conviene dar y apresurarnos a salir del reino de la oscuridad para ir al Reino de Dios. En éste es un constante festín espiritual.

Como lo acabo de decir, es el desarrollo de la espiritualidad (la espiritualidad expresada en el amor divino) que nos asegura el éxito. Por tanto, debemos hacernos las preguntas pertinentes que nos mostren nuestra propia situación en esta dirección esencial.

Por ejemplo, si estamos en una estación, preguntémosnos: "¿Es que amo sin excepción a todos mis hermanos y hermanas de la estación donde tengo el honor de servir?"

Si observamos que hay un hermano o una hermana, o incluso varios, para los cuales no tenemos suficientes sentimientos afectuosos y tiernos, entonces podemos ponernos inmediatamente manos a la obra para aprender a amarlos verdaderamente.

Pensaremos en ellos en nuestra oración, nos ocuparemos especialmente de ellos, procuraremos hacerles el bien y rodearlos de afecto sin importunarlos. Cada vez que sentiremos hacia ellos una impresión de antipatía o de indiferencia, iremos precisamente a verlos para hablarles amablemente.

Así lucharemos honradamente contra nuestro mal corazón, y así podremos obtener la victoria segura. Esta nos está asegurada gracias al Señor, y podemos estar seguros de ganarla; pero nunca debemos ceder hasta que hayamos vencido el obstáculo.

Es lo mismo para todos los puntos. Es así como vendremos a ser dueños de nosotros mismos y como podremos acabar completamente con nuestra vieja criatura. Entonces podremos morar muy fácilmente con el fuego consumidor, habitar con las llamas eternas. Pues a pesar de todo nos sentiremos muy a gusto, porque lo que en nosotros era inflamable habrá desaparecido.

¡Qué maravillosa escuela la de nuestro querido Salvador! Es una escuela admirable, benévola, donde todo transcurre con bondad y ternura. Cuando nos dejamos conducir dócilmente por el Señor, y si le confiamos nuestra suerte, nos educará magníficamente.

Nuestro querido Salvador nos hará dignos del Reino de Dios, obtendremos un carácter de una pureza y de una transparencia completas. Podremos beneficiarnos de todas las bendiciones divinas, y nuestro corazón estará en una alegría desbordante.

Para que este sea el caso, es necesario ejercitarnos en responder siempre afirmativamente cuando el Señor nos dice: "Dame, hijo mío, tu corazón". Cuando aceptamos dócilmente la lección que se presenta, respondemos afirmativamente; pues sabemos que si el Señor la permite es que es indispensable para nuestra formación.

Es preciso absolutamente que podamos llegar a realizar el maravilloso espíritu de la familia divina, y que cada uno de nosotros pueda sentir con toda verdad lo que el mismo David sintió cuando dijo: "¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en armonía! Pues allí envía Dios alegría y vida por la eternidad".

¿Por qué? Porque con el espíritu de la colectividad se produce una circulación magnífica. Mientras que el egoísmo es mirar sólo para sí mismo, y esto impide la circulación. Entonces se produce el estancamiento, del cual viene la disgregación y la destrucción.

El egoísmo impide el desarrollo del amor. Si todavía nos cuesta muchísimo amar verdaderamente, esto sólo proviene de que hemos sido atiborrados de egoísmo. Este egoísmo está aún más o menos incrustado en nuestro corazón. Por tanto, es menester absolutamente desalojarlo de allí.

Esta labor requiere abnegarnos a favor del prójimo y desprendernos absolutamente de esta terrible capa de indiferencia que todavía queda en muchos de nosotros. Es desarrollando la espiritualidad como lo conseguiremos, ocupándonos mucho más de nuestro hermano y de nuestra hermana, y menos de nosotros mismos.

Si nuestro querido Salvador nos tiene tanto amor, es que se abnegó con toda su alma a nuestro favor. El sufrió por nosotros. Le hemos costado muy caro. Por eso, ¡cuánta ternura nos manifiesta, y cuánta compasión! ¡Cuánta paciencia para educarnos! ¡Y cuánta misericordia le tiene a la pobre humanidad doliente y moribunda!

El salvó a la mujer adúltera de las manos de los fariseos, y le dijo: "Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? Ni yo te condeno; vete, y no peques más". Su nobleza y su bondad magnánimas son inexpresables. Por eso, la admiración que le tenemos al Omnipotente y a su Hijo adorable no tiene límites.

Por tanto, es muy necesario que nos convirtamos en seres sensibles y emotivos. En el Reino de Dios es el carácter lo que cuenta. Por eso, ¡cuánta solicitud deberíamos poner en re-

formamos, sobre todo actualmente en que el tiempo apremia! Los seres humanos esperan la revelación de los hijos de Dios, y el Señor tiene paciencia con nosotros.

Por otra parte, démonos bien cuenta de toda nuestra responsabilidad. Arrojemos a la basura, de una vez para siempre, nuestra mezquindad, todo lo que sea egoísta, las manifestaciones del orgullo, de la suficiencia, del descontento, de la indolencia, de las impresiones diabólicas con las cuales, a muchos de nosotros, el adversario mantiene aún bajo su influencia. No podría sugestionarnos si estuviéramos suficientemente decididos a hacer tabla rasa en todas las direcciones.

Si no hemos sido aún bastante decididos hasta ahora, decidámonos de una vez por todas. No tergiveremos más, hagámonos personalidades del Reino de Dios. Si nos aplicamos resueltamente en hacer frente a nuestro viejo hombre, el Señor podrá ayudarnos de una manera admirable, y haremos progresos con una maravillosa rapidez.

Es interesante saber que todo es muy posible y muy fácil. Sólo requiere decisión. Como dice un cántico: "En la lucha por la vida, decidido hay que ser". Con los titubeos, el adversario gana ya la mitad de la partida.

Vigilemos, pues, nuestro corazón, y démosle gloria al Eterno. Repasemos en nuestra alma todos sus numerosos beneficios, desarrollemos la gratitud, para que la alegría llene nuestras almas,- es así como aprenderemos a amar al Señor con todas nuestras fuerzas.

Es necesario también que aprendamos a amar a la humanidad, pensando en el gran ministerio que tenemos que realizar a su favor. Es menester salvar la tierra de amor. El amor divino resuelve todos los problemas. Llegará a restaurar a los seres humanos en la tierra, haciendo de ellos seres viables que glorificarán y santificarán al nombre del Eterno.

El Señor nos concede el inmenso honor de poder colaborar con él en su trabajo de nobleza, de amor y de poder. Aquel entre los mil, mencionado en el libro de Job, ha venido para mostrar al hombre el camino que ha de seguir para no descender a la fosa.

Es un mensaje divino, maravilloso, que ahora no solamente se trata de llevar a los seres humanos, sino también vivirlo, de tal manera que podamos ser una demostración verdadera y convincente a la humanidad, que espera la revelación de los hijos de Dios.

Para esto hace falta renunciar a nosotros mismos, vivir las condiciones del programa, para que pueda animarnos la espiritualidad divina. Todos somos llamados a la victoria, y a una victoria muy particular para los consagrados. Es a ellos que el Señor dice: "Al que venciere, le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe".

El Eterno está deseoso de hacer una obra radical de saneamiento y de purificación en nuestro corazón, pero no debemos ponerle obstáculos. Para esto hay que pasar por la prueba del fuego, que tiene por objeto quitar de nuestros corazones todo lo que es inflamable. Cuando el viejo hombre haya desaparecido completamente, estaremos inmunizados. Es el viejo hombre que está hecho de materiales inflamables con el fuego de prueba que rodea a los hijos de Dios para probarlos.

Cuanto menos obeso sea nuestro viejo hombre, menos tendrá para quemar. O dicho de otro modo, cuanto más nuestro carácter esté hecho

de material combustible, es decir, de sentimientos que no son del Reino de Dios, más habrá para quemar en el fuego de prueba, y más intenso será éste. Si estamos cargados muy fuertemente de gases tóxicos -espiritualmente hablando-, éstos se inflamarán incluso a distancia.

Vemos, pues, cuán necesario es que nos pongamos a la altura de las enseñanzas de la verdad. Por lo tanto, no ha de interesarnos nada de todo lo que representa el mal, tanto de cerca como de lejos; pues el mal forma en nosotros depósitos inflamables susceptibles de provocar llamas al menor contagio.

Dejémonos, pues, limpiar, purificar, desembarazar de todas estas escorias en la amable escuela de nuestro querido Salvador. El se encarga de nuestra educación, de nuestra victoria, de todo en fin, si queremos remitirnos completamente a lo que juzgue bueno para nosotros en nuestra vida diaria.

Entonces podemos sentirnos siempre llenos de felicidad y tener la paz del corazón, porque le dejamos dirigir nuestra vida, y seguimos dócilmente sus indicaciones. El nos dice: "Mi fuerza se perfecciona en tu flaqueza; no temas ni desmayes, yo te ayudo". ¿Lo creemos, sí o no? El Señor no pide otra cosa, sino que le pongamos a prueba. Esto tendrá por efecto fortalecer nuestra fe de una manera grandiosa. Es así como podremos ser personalidades del Reino de Dios, que pueden revelar al mundo el mundo nuevo, para la honra y la gloria del Omnipotente y de nuestro Maestro y Señor Jesucristo.

Sobre todo no seamos pasivos ni indolentes, sino fervientes, vibrantes, entusiasmados por el Reino de Dios. Tengamos un corazón afectuoso, realicemos la ternura divina. Esforcémonos, pues, en desarrollar la espiritualidad divina para ser animadores de vida, consoladores, benefactores, amigos verdaderos para nuestros hermanos y hermanas y para nuestro prójimo. Al obrar así, nuestro egoísmo se verá obligado a desaparecer completamente, y la nueva criatura podrá florecer.

Oremos, pues, con todo nuestro corazón: "venga tu Reino", y hagamos también todo lo que esté en nuestro poder para apresurarlo. Entonces seremos hijos de Dios dignos de este nombre, y estaremos seguros de la victoria, que ganan todos los que son fieles.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos aprovechado las experiencias del día para desarrollar la humildad, la alegría, y sido una fuente de fe y de estímulo?
2. ¿Cultivamos el amor, la fe, la fidelidad, el entusiasmo y la unidad que caracterizan la revelación de los hijos de Dios?
3. ¿Hemos podido permanecer en el Monte de Sion, progresar en la sinceridad y en el amor que atraen al espíritu de Dios?
4. ¿Hemos podido tener contactos amables y edificantes con todos, traer una bendita influencia, ser un dispensador de alegría?
5. ¿Hemos dado nuestro corazón al Señor en las pruebas, amado y sido llenos de optimismo divino, fervientes en la oración?
6. ¿Cuáles han sido nuestras victorias sobre el egoísmo, el orgullo, la envidia, tenido un espíritu de bondad y de renunciamiento?